

BIBLIOTECA PERSONAL II/IV

BÁRBARA JACOBS Mi biblioteca se ha formado lentamente, igual que yo, y está integrada por un poco de todo, así como yo. Me gustaría tener por lo menos un ejemplar de las historietas semanales reunidas bajo el nombre de *Vidas ejemplares* que, junto con unos panes dulces a los que me refería como “gorditas”, compraba los domingos en el atrio del Convento del Carmen en San Ángel, en la ciudad de México, para leer la historieta en turno y comer gorditas acullada en un rincón de mi recámara, la espalda inclinada hacia delante, la barba contra las rodillas, la historieta abierta y extendida a mis pies sobre el tapete persa. Mientras leía y comía me abrazaba las piernas y podía pasar horas en esta posición. Si hoy me acomodara de esta manera se me entumecerían las piernas y los brazos, la posición me provocaría hormigueo incluso en los pies, las manos y el cuello, y sin duda alguna me causaría un dolor intolerable en la espalda. Acudía a la iglesia bajo el supuesto de asistir a misa, pero en realidad únicamente ante la perspectiva de leer el cuadernillo de *Vidas ejemplares* que compraría a la salida, todo esto antes de las ocho de la mañana y los ocho años de edad.



Quiero decir que desde entonces, y a pesar de los escollos para leer con que, por soñadora, me topé en un principio, asocio la lectura a la idea de continuidad, a la de expectativa atendida con promesa de dar más o de ser inagotable. Asimismo, al mundo de las series y las clasificaciones, a los sistemas de poner orden en una totalidad determinada para poder abarcarla sin que se me escapara, como arena entre los dedos, nada esencial. Me aficioné, por ejemplo, a hacer o encontrar las listas de los libros que los grandes lectores, mujeres y hombres, hubieran leído y que recomendaran leer como lecturas formativas, autorizadas y confiables puesto que los habían formado a ellos y ellos eran grandes.

Luego me di cuenta de que por infinidad de motivos este camino promisorio era imposible de recorrer. No hay dos lectores a los que los hubieran formado los mismos libros. Es decir, no hay dos bibliotecas personales iguales, por más que cada una sea valiosa y formativa en sí. No sólo hay gustos de lectura individuales y diferentes, sino capacidades individuales y diferentes de lectura.

Los campos de intereses y de posibilidades no sólo se van definiendo con el tiempo, sino que además se van delimitando.

Hay trucos. Yo no leí a Jules Verne, pero he leído a un buen lector de Verne, me refiero a su tocayo Julio Cortázar. Por lo tanto, al leer bien a Cortázar, leo a Verne. Un ejemplo clásico de lo que estoy formulando es el pasaje en *Don Quijote* en el que el cura, con el barbero de testigo,

examina la biblioteca personal de Don Quijote y decide cuáles de sus libros son rescatables y cuáles deben ser destruidos. Es probable que un lector actual de *Don Quijote* no haya leído ni leerá todos los libros que el cura rescata de la biblioteca de Don Quijote y salva del fuego; pero, si lee bien a Cervantes, será como si los hubiera leído.

Aquí es oportuno recordar a Salvador Elizondo. Leerlo a él es de paso leer a Edmundo de Amicis y a James Joyce. Hasta el final de su vida, Elizondo se refirió a *Corazón, diario de un niño* y a *Finnegans Wake* como sus libros de cabecera, nada más opuesto que estos dos títulos y estos dos autores, pero mundos enteros que estremecieron por igual a Elizondo. De lo más popular, infantil y sentimental, a lo más hermético, intelectual y sofisticado de la literatura mundial moderna. La Italia de finales del siglo XIX de la mano de la Irlanda de la primera mitad del XX. Ahora bien, lo más probable es que yo nunca leeré *Corazón, diario de un niño*; pero sé que al leer a Elizondo, entraré en contacto con Amicis. De igual modo sé que la apasionada y acuciosa lectura de Elizondo del último libro de Joyce allanará el camino de la lectura de *Finnegans Wake* que cualquier lector se animara a abordar.

Quiero decir que llega el momento en que uno aprende qué es lo que le gusta leer y lo que puede leer, y entonces sabe que eso es lo que va a leer y no lamenta no poder leer lo demás. Pero la búsqueda es entretenida, por más que sea larga y accidentada. Seguir como principio de vida de

lector el del *ensayo y error* no está mal. Para aficionarse a la lectura hay que leer de todo y tampoco está mal leer ningún tipo de libro con tal de leer, con tal de seguir leyendo. Es bueno leer y no hay lectura mala. Es bueno leer en el idioma de uno y en idiomas que le sean extranjeros. Es recomendable conocer por lo menos un idioma extranjero. Todos son ricos, y no hay ninguno que sea más rico que otro. Todos abren los ojos sobre sí mismos y arrojan luz sobre el idioma natal de quien los estudia, por tanto enriquecen.

Las bibliotecas personales reflejan no únicamente el gusto de su dueño sino la extensión de su locura de lector. Me refiero a que cuando un lector se aficiona de veras a un autor determinado, es capaz de tener en su biblioteca personal los libros de ese autor tanto en ediciones en idiomas que conoce como en lenguas que no conoce, en versión original tanto como en traducción o traducciones. Hace un par de meses en Viena compré un libro en alemán, idioma que no conozco, de un autor francés, cuyo idioma sí conozco. Lo adquirí sólo porque había encontrado ese libro que llevaba un tiempo buscando y que en francés no había conseguido. Era un libro que había tenido en español y que o había perdido o lo tenía traspapelado en mi biblioteca personal. Otro detalle desquiciante es que se trata de un libro que en su momento intenté leer sin lograrlo, por serme de difícil comprensión y quizá porque entonces no me interesaba tanto en sí como en relación a su historia particular y a cómo incidía en la mía. Con todo, lo cargué de Viena

a México nada más por el placer de haberlo encontrado, si no por la tranquilidad de que existiera, pues para mí podía constituir la plasmación de un sueño y su hallazgo proporcionarme idéntica satisfacción, si no es que aún más.

Hay dos clases de lectores. Por una parte, están los que son y quieren ser solamente lectores, llamémoslos *puros*; y por otra,

constituyó un terror y por lo mismo una dificultad y una resistencia, una vez vencida se convirtió, más que en un deseo, en una obsesiva y compulsiva necesidad. Mientras que la locura de la lectura no desconecta del todo del mundo exterior a un lector *puro*, a un lector *impuro* lo succiona al más interno de los mundos, que es el de la desconexión con el mundo exterior. Diré algo más: un alienado, que es

que esta aspiración me abriría que hacen del asunto una tentación imposible de satisfacer. ¡Pero atractiva! Irrenunciable al menos en calidad de fantasía, de proyecto, aplazable y postergable, pero al que, ante una crisis de vacío, recurrir.

En mi biblioteca personal tengo de todo, decía. Incluso, libros inexistentes o libros en potencia, como los que me gustaría

A VECES SE ME ANTOJA ESCRIBIR LA HISTORIA DE CADA UNO DE LOS LIBROS QUE TENGO EN MI BIBLIOTECA, LO CUAL NO ES SINO UNA LOCURA MÁS.

los que además de lectores son o quieren ser a su vez autores o escritores, es decir, lectores *impuros*, por amañados. Pero tanto unos como otros son susceptibles de padecer la locura de lector. Esta locura, por cierto, tiene infinidad de modalidades, aunque el hilo conductor que comparten sea sólo uno, es decir, leer. Y es locura porque el que lee vive más en los libros que en la vida. Es más, hay momentos en que uno incluso agradecería ser literalmente succionado por la lectura o por algún libro específico y no volver a salir más de entre sus tapas. La actividad de leer, que en mis primerísimos principios de lectora

incapaz de leer precisamente por temor a perderse en un mundo ajeno y desconocido, es menos loco que un lector impuro que lee para acabar perdiéndose precisamente en mundos que, aunque ajenos y desconocidos para otros, para él terminan en transformarse en conocidos y propios.

A veces se me antoja escribir la historia de cada uno de los libros que tengo en mi biblioteca, lo cual no es sino una locura más. Detenerme ante cualquiera de ellos y reconstruir su procedencia, los motivos que me llevaron a tenerlo, las circunstancias en las que lo leí, es una empresa inabarcable. Son tantos los caminos de escritura

formar con partes de los otros. Me entretengo ideando antologías. Soy buena lectora de antologías y las recomiendo. Hay múltiples posibilidades de compilaciones. En su bibliografía el poeta W. H. Auden tiene un libro de esta naturaleza que de mi biblioteca es de los que más aprecio. Su título se podría traducir como *Un mundo determinado*. Consiste en fragmentos de su diario personal intercalados entre fragmentos de muchas otras cosas, de su autoría o de otros escritores o artistas, o recortes de prensa, o apuntes, o cartas. Al leer este libro de Auden el lector de paso lee lo que Auden leyó y se compenetra con él